

Discurso de inauguración del 43º Congreso Uruguayo de Cirugía

Cuando hace dos años fui nominado para presidir el Comité Ejecutivo del cuadragésimo tercer Congreso Uruguayo de Cirugía, mis sentimientos incluyeron una mezcla de agradecimiento, orgullo y responsabilidad.

Agradecimiento a mis pares, compañeros de tantos años en este oficio tan duro que es la cirugía, por considerarme capaz de afrontar esta tarea y poner en mis manos la vieja bandera del Congreso.

Orgullo que creo legítimo, al saber que en el futuro mi nombre integrará la lista que encabeza don Héctor Ardao y que incluye a figuras legendarias de la cirugía uruguaya como Chifflet, Del Campo, Larghero, Palma, Armand Ugón. Su recuerdo nos hace sentir profundamente la responsabilidad de sucederlos.

Responsabilidad ante el desafío que significa encarar la organización del Congreso y mantener enhiesta, por un año más, su rica tradición. Me apresuro a señalar que si el éxito nos acompaña, será fruto del trabajo colectivo de un magnífico comité ejecutivo, donde cada uno aportó lo mejor de sí.

Junto a ellos, la eficiencia, el celo y el esfuerzo de Meetings, imprescindible para la organización de un evento de esta magnitud y ya integrante por derecho propio de la familia quirúrgica uruguaya.

El Congreso evidentemente ha crecido con la integración ya consolidada de otras profesiones indispensables en la cirugía, instrumentistas y enfermeras universitarias y la participación permanente de las Sociedades de Cirugía Torácica, Pedriática y Angiológica.

Creemos que se está en el buen camino y que esta unificación de esfuerzos permite un mejor aprovechamiento del tiempo y los recursos económicos ambos tan escasos y valiosos que merecen ser cuidadosamente administrados.

El Congreso Uruguayo de Cirugía en su larga historia ha ido acumulando significados diversos e importantes. Es en primer lugar una oportunidad renovada anualmente de reencuentro con viejos amigos a quienes la distancia o nuestro diabólico estilo de tra-

bajo nos impide ver con la frecuencia deseada. Es también ocasión de puesta al día en diversidad de temas y de contacto con cirujanos de primer nivel de la región y del mundo. Están aquí nuestros hermanos argentinos, brasileños y paraguayos, a quienes recibimos con enorme satisfacción, seguros de que darán brillo a este evento. Con ellos renovaremos viejos lazos de amistad, al tiempo que buscaremos unificar criterios en vista a futuras estructuras políticas supranacionales que harán más próxima nuestra relación y para las cuales debemos estar preparados. Nos acompañan también figuras destacadas de la cirugía del lejano y muchas veces envidiado primer mundo, en este caso de Alemania, España, Francia y Estados Unidos. Agradecemos y celebramos su presencia que seguramente nos será de gran provecho y les ofrecemos todo el calor de nuestro país, pobre pero con una larga tradición de hospitalidad.

Nuestro congreso es por último, y quizás este sea su mayor significado, una oportunidad de reafirmar valores básicos de la cirugía uruguaya como son la defensa permanente de la seriedad científica, la obsesión por los aspectos éticos de la profesión y la disposición para una enseñanza irrestricta y solidaria a quienes se inician en su conocimiento.

Malo será para los cirujanos y para nuestra cirugía el día en que el desánimo nos lleve a descreer en la necesidad de permanente mejoramiento académico, el día en que problemas económicos nos empujen a conductas ajenas a nuestra tradición ética o el día en que se pierda la voluntad de enseñar abiertamente a las generaciones siguientes. Estos peligros, que parecen fruto de una mente apocalíptica, pueden sin embargo estar acechándonos.

El 43º Congreso encuentra a la cirugía uruguaya en un momento crucial, de cuyo desenlace dependerá quizás su futuro.

El sentimiento dominante ante la situación de nuestra profesión es el descontento, presente a todos los niveles.

El aspirante a cirujano, el residente que llega pleno

de entusiasmo y ávido de aprender encuentra dificultades poco menos que insalvables para su formación.

El cirujano joven debe luchar a brazo partido para lograr su inserción laboral en un mercado constituido casi exclusivamente por las instituciones de asistencia colectivizada. La condición de eterno y múltiple suplente, la multiplicación de guardias internas creadoras de cirujanos que no operan y quizás el desarrollo de una especialidad paralela son paliativos que parecen indeseables pero inevitables actualmente.

El cirujano en la plenitud de su actividad no tiene problemas menores.

El multiempleo se ha consolidado hasta ser considerado normal e incluso deseable. Las retribuciones llegan a veces a rayar en lo ridículo y la calamitosa organización de nuestra actividad nos obliga a largas jornadas repartidas en distintos lugares de trabajo, donde somos casi una visita. Completa el panorama la inseguridad laboral, en instituciones que sobreviven al borde del cierre definitivo.

Finalmente, cuando se aproxima el final de nuestra vida útil, no se terminan nuestros problemas. El retiro parcial, que contemple la lógica reducción de energías del cirujano mayor y aproveche lo que aún puede dar de sí, prácticamente no existe. El retiro total representa muchas veces un deterioro económico que lo transforma en una situación temida y rechazada.

Pero esto no es todo. La cirugía uruguaya enfrenta actualmente un nuevo problema; la epidemia de demandas y juicios, importados de países donde las condiciones de trabajo de los cirujanos difieren mucho de las nuestras.

Me apresuro a señalar mi plena confianza en el sistema judicial de nuestro país y creo que no se debe pedir para los cirujanos la inimputabilidad ni fueros especiales, pero sí garantías para nuestro trabajo, que sí tiene características especiales.

Cirujanos empleados de instituciones, en las que ganan 500 o 600 dólares son demandados por centenares de miles. Abogados especializados intentan transformar en delitos o poco menos lo que son complicaciones habituales o secuelas de la cirugía, lamentablemente tan lejana de lo que es una ciencia exacta. Y lo peor, varios cirujanos, desde algunos desprestigiados y radiados de la actividad quirúrgica formal hasta profesionales respetados y de alto nivel, se han prestado a asesorar a litigantes que reclaman por circunstancias que no resistirían el menor análisis en un ateneo.

Lamentablemente es muy probable que estas situaciones tengan, fuera de las desastrosas consecuencias individuales, un efecto deletéreo sobre nuestra cirugía. Se requerirá mucha solidez espiritual y mucho convencimiento para encarar la cirugía de avanzada y de alta complejidad, que todos sabemos está expuesta a complicaciones y desenlaces indeseados, cuando una agresión económica sin solución

posible puede estar esperando al cirujano a la salida del quirófano.

En este panorama global integrado por malas remuneraciones, multiempleo, inseguridad laboral, dificultades formativas y para la imprescindible puesta al día permanente, imposibilidad de seguir el alucinante ritmo del avance tecnológico, amenaza de demandas y juicios, es lógico que la calidad de nuestra cirugía tienda a deteriorarse, alejándonos cada vez más de las posibilidades y resultados de los grandes centros mundiales, con un principal damnificado: el paciente que requiere nuestra asistencia.

Debemos detenernos aquí y reconocer en el estado actual de las cosas una culpa propia. Durante larguísimos años los cirujanos, ocupados en nuestra actividad específica, abandonamos una serie de temas vinculados con la cirugía.

La Sociedad de Cirugía del Uruguay fue durante todo ese tiempo un ámbito aséptico de discusión científica pura, encomiable pero evidentemente insuficiente. La formación del cirujano, su certificación y categorización, el control y la acreditación de sus lugares de trabajo, las condiciones laborales y económicas, incluso el asesoramiento a los órganos jurisdiccionales y tantos otros aspectos en los que siempre debió haber intervenido, quedaron totalmente de lado. Y esos espacios abandonados fueron inevitablemente ocupados por otras instituciones, que resolvieron por los cirujanos sobre infinidad de temas atinentes a la cirugía. La recuperación de esos espacios ha de ser seguramente difícil, pero parecería que es imprescindible si queremos modificar la situación actual.

Tenemos que convencernos de que debemos estar presentes en todo lo referente a la cirugía y tenemos que tener claro que la institución que nos nuclea y que puede llegar a ocupar los espacios perdidos es la Sociedad de Cirugía del Uruguay. De nosotros depende imprimirle los cambios que requiere y fortalecerla, aunque ello demande gasto de tiempo, nuevas preocupaciones y quizás lo más difícil, el control de nuestros egos y el sacrificio de una parte del individualismo que parece ser inherente a nuestra profesión y que tantas veces ha impedido alcanzar metas que parecían próximas y que a todos hubieran beneficiado.

En este Congreso se marca un hito en la historia de la Sociedad de Cirugía. En conjunto con la Sociedad de Angiología se hará entrega de certificados de especialista en Cirugía Vascular. Es la primera vez que nuestra Sociedad interviene en el reconocimiento de una especialidad quirúrgica y co-asume la responsabilidad de certificar y respaldar a quienes la ejercen.

Este gesto, así como la intervención directa en la discusión de nuestras futuras condiciones laborales, marcan un cambio cualitativo en la actitud de la Sociedad y el viraje de su conducción, comenzado en

los últimos años, hacia el papel que siempre hubiera debido desempeñar. Tengamos presente que sólo el apoyo de todos permitirá su éxito.

Antes de terminar pido de vuestra paciencia unos minutos más para tocar algunos temas personales que no deseo omitir.

Recordar a mis maestros, que dejaron una marca indeleble en mi conducta profesional y en mi vida.

Antes que nadie, don Pedro Larghero, figura que ya es leyenda en la cirugía uruguaya. Hombre adelantado a su tiempo, visionario, pionero, su personalidad fuera de serie lo hace una figura irreplicable y sin comparación posible. Quizás ni mejor ni peor que otros grandes maestros, a los jóvenes que no lo conocieron resulta muy difícil explicarles qué era lo que lo hacía distinto.

El profesor Walter Chifflet, con quien trabajé durante todo su ejercicio de la cátedra. Técnico impecable y refinado y uno de los grandes eruditos de la cirugía nacional. Estudioso incansable incluso hasta después de su retiro. Recordamos siempre su constante preocupación por la formación técnica y académica de sus alumnos.

Finalmente, el maestro Pradines, mi primer docente al llegar al hospital. Para alegría de todos los que lo consideramos nuestro maestro, que somos muchos, está presente en este acto recogiendo su cariño y agradecimiento. Docente nato, cada frase o gesto suyo fue una enseñanza sólida e inolvidable. El cirujano ideal para las situaciones difíciles, a veces imposibles. El apoyo imprescindible y solidario que nunca faltó a quienes se formaron a su lado.

Deseo también evocar y homenajear a aquellos con quienes trabajamos mucho tiempo codo a codo y que lamentablemente se han ido. A dos de ellos no puedo dejar de nombrarlos porque significaron mucho para mí.

Cazaban, todo fuerza y pujanza, el cirujano de urgencia por excelencia y polo de atracción natural

para los cirujanos jóvenes de la época. Desaparecido muy joven, cuando lo esperaban grandes realizaciones, fue seguramente una de las pérdidas más sentidas por la cirugía uruguaya.

Guillermo Piacenza, mi alumno en 1961 a su entrada a facultad, mi amigo, mi hermano. Nos dejó hace poco, en la plenitud de su vida. Su ausencia es dolor, que opaca la alegría de este día.

Por último un homenaje a nuestras familias, motivo último de todos nuestros esfuerzos en la vida.

Las esposas de los cirujanos, dotadas sin duda de una especial paciencia que les ha permitido soportar nuestras guardias y nuestros concursos; nuestras tesis de doctorado y nuestros horarios imprevisibles; los llamados a horas insólitas y las angustias generadas por los postoperatorios complicados. Merecen sin duda todo nuestro agradecimiento.

También nuestros hijos, que han sufrido desde su nacimiento las características especiales de nuestro trabajo. Cuántas veces su clásico paseo dominical comenzó o hasta fue sustituido por una larga visita a sanatorios y hospitales. En cuántas ocasiones el esperado partido de fútbol junto al padre debió suspenderse ante un llamado inesperado. Y pensar que pese a todo muchos de estos niños al crecer estudiaron medicina y más aún, tenemos acá a muchos de ellos iniciándose o ya adentrados en la cirugía.

Deseemos para ellos un futuro profesional mejor que el nuestro.

Las actividades del 43º Congreso Uruguayo de Cirugía han comenzado. Confiemos en salir de él mejorados en nuestros conocimientos, más unidos que nunca y con clara conciencia de que de nuestra unión y esfuerzo depende el futuro de la cirugía uruguaya, el de todos los que estamos inmersos en ella y lo que es más importante, el de los enfermos que confían su bienestar o su vida a nuestras manos.

Dr. Juan Carlos Castiglioni